

Globalización y humanismo, sus implicaciones en la Educación Superior. Un nuevo paradigma

*Esteban Arias M.**

Resumen

Mundo, ciencia y sociedad se fundamentan todavía en un paradigma positivista que está siendo superado por un nuevo paradigma en construcción, que tuvo como detonante la teoría de la relatividad y la física cuántica. La academia, en este delicado y complejo proceso, tiene la enorme responsabilidad de dejar de oponerse a la ola imparable de la globalización, para empezar a descubrir sus virtudes, con el fin de utilizarla para difundir valores que trascienden lo puramente económico, como la justicia social y, principalmente, los derechos humanos. Para trascender el carácter netamente económico de la globalización, es imprescindible un cambio en los modelos educativos, que deberán superar los

* Posee una licenciatura en Derecho y una Maestría en Evaluación de programas y proyectos de desarrollo, por la UCR. Ha sido consultor sobre Derechos Humanos e Investigador en SINAES. Actualmente se desempeña como Viceministro de Ciencia y Tecnología.

Rec. 14-12-05 Acep. 28-3-06

dogmas y los prejuicios de la pedagogía del siglo XX, para desarrollarse sobre la base de que el conocimiento es el mayor valor agregado de este momento histórico y que, por lo tanto, el acceso a la información, de forma rápida y eficiente, es una condición "sine qua non", para la transición hacia ese futuro. Ante la sociedad global, la única alternativa para conservar la identidad nacional y los valores que cada sociedad ha hecho suyos para posicionarse en el mundo, es la preservación viva y dinámica (no en las estanterías de museos y bibliotecas), del acervo cultural de cada pueblo.

Palabras clave:

Derechos humanos. Academia. Revolución digital. Sociedad de la información. Humanismo.

Abstract

The world, science and society are still based on a positivist paradigm, which is now being surpassed by a new one that has not been completed but that was launched due to the Theory of Relativity and Quantum Physics. These theoretical postulates have caused important social transformations that some people have called Postmodernism, while others have named it Digital Revolution. The Academia has the enormous responsibility in this fragile but intricate process of not resisting to the overwhelming Globalization in order to start discovering its virtues and usefulness to spreading values that go beyond mere economic matters, such as social justice, and human rights. A change in educational models is required in order to go beyond the mere economic aspects of globalization. These models must overcome the dogmas and prejudices of the XX century pedagogy and base on the idea that

knowledge is presently the most important added value of all. For that reason, quick and efficient access to information is a condition without which a transition to the future could not be possible. Before the global society, the only option to preserve a national identity and the values each society has made their own to occupy a position in the world is the living and dynamic preservation of the cultural heritage of each town (not only that stored at libraries and museums).

Keywords:

Human rights, Academy, Digital Revolution, Information society, Humanism.

Introducción

La sociedad humana, como lo planteaba el materialismo histórico, ha evolucionado de la mano de paradigmas, que han cambiado dialécticamente de manera, a veces, revolucionaria, en diversos contextos espacio-temporales.

Aunque es difícil establecer una relación directamente proporcional entre los estadios concretos de las sociedades y el avance de la ciencia y la tecnología, es evidente que el cambio de paradigmas siempre ocurre primero en el ámbito de las ciencias exactas, para luego, de un modo reflejo, repercutir en la concepción del mundo que plantean las ciencias sociales.

Sin entrar a analizar cada una de las etapas de la transición de las socieda-

des humanas, es pertinente proponer la hipótesis de trabajo de que la última gran revolución de la ciencia y la tecnología, apenas ha empezado a permear las instituciones sociales.

Nuestra concepción actual de la realidad está aún íntimamente ligada con el paradigma positivista, que partía de la base de que todas las estructuras en el Universo seguían leyes naturales inalterables y, por lo tanto, era posible predecir los acontecimientos, a partir de fórmulas concretas y que sería cuestión de tiempo para que la humanidad las pudiese plantear con exactitud milimétrica.

Newton y, sobre todo Descartes, fueron los padres de esta visión absoluta, que en el ámbito social provocó el brillo de la ilustración, que se tradujo en el cambio revolucionario que acabó con las tiranías y que instauró las democracias liberales modernas. En la economía, la transformación se verificó en la aún inconclusa revolución industrial, que convirtió al ser humano en un sujeto proletario, cuyo valor nace de su capacidad productiva y que, además, llevó a las sociedades a apoderarse de los recursos naturales de un modo insostenible, lo que ha ocasionado una crisis ecológica global, cuyas consecuencias parece imposible predecir.

Los ejes cartesianos sirvieron para “encasillar” todo en categorías absolutas e inamovibles. Este pen-

samiento cuadriculado fue el que generó ideas, por ejemplo en el campo político, como la división entre izquierda y derecha.

“Cogito, ergo sum”: pienso, luego existo. Hasta ahí la lógica cartesiana parecía correcta; sin embargo, su siguiente enunciado, “pienso en Dios, luego Dios existe”, demostraba la fragilidad del sistema, que requería de un absoluto sobrenatural para ser posible.

El mundo, principalmente en occidente, pretendía ser una máquina precisa de relojería, donde la política y la producción estuvieran en función de la generación de riquezas para el nuevo concepto de Estadonación y, por ende, para las élites dirigentes, surgidas de la distribución inequitativa de los recursos y de la delegación, por parte del pueblo, de su soberanía en representantes cuyos intereses personales estaban, la mayoría de las veces, por encima de los anhelos colectivos.

Sin embargo, la formulación, a principios del siglo pasado, de la física cuántica y de la Teoría de la Relatividad, planteada por Albert Einstein en el año de 1905, rompieron definitivamente el paradigma cartesiano y demostraron que los absolutos eran una ilusión matemática sin fundamentos reales. Todo es relativo, y el tiempo y el espacio son parte de un sistema multidimensional donde la única constante, por lo menos hasta ese

momento, era algo tan complejo y etéreo como la velocidad de la luz. Pero incluso, posteriormente, este único absoluto de la física y la matemática también ha sido cuestionado.

Los cimientos sobre los que se había sostenido la ciencia exacta, simplemente, se colapsaron y, en su caída, también arrastraron a los absolutos sociales.

Sin embargo, el capitalismo industrial e, incluso, el socialismo científico, siguieron prosperando sobre una base positiva, que ya no era vigente y que no podía sustentar en el tiempo el progreso de las sociedades.

En el siglo anterior, el vértigo del cambio fue una de las razones que impulsó a los totalitarismos de derecha y de izquierda que, por medio de la fuerza, establecieron absolutos sociales que se transformaron en dogmas de un paradigma en pleno colapso.

Producto de este apogeo del paradigma positivo en las ciencias sociales y la política, se puede mencionar la descomposición de los equilibrios mundiales, que llevaron a la humanidad a dos guerras casi apocalípticas y a un período de enfrentamiento ideológico, de baja intensidad, que culminó con la caída del modelo marxista en Europa del este y otras regiones del planeta.

Sin embargo, los postulados teóricos de hace un siglo comentados arriba, han empezado a provocar profundas transformaciones sociales que, de momento, anuncian el fin del paradigma vigente. Se trata de lo que algunos han denominado el post modernismo y otros la revolución digital.

La tecnología ha alcanzado a las grandes masas sociales y ha creado una nueva sociedad de la información, donde los recursos más valiosos para el sistema capitalista, que aparenta dar sus últimos suspiros antes de colapsar, es decir las materias primas, que otrora fueron causa de guerra y represión, han pasado a un segundo plano, ya que el insumo más valioso actualmente es el conocimiento y el manejo de la información.

La humanidad no está, -como algunos se atrevieron a decir celebrando el supuesto triunfo de la economía de mercado sustentada en la ley de la selva, donde sólo el más fuerte sobrevive-, al final de la historia. Por el contrario, el relativismo de las ciencias exactas ha empezado a derribar los dogmas de la política y las ciencias sociales, construyendo nuevos modelos, aún muy lejos de ser definitivos, pero que implican un avance que, por la coyuntura de acontecer en este momento preciso de la historia, no se intuyen como una revolución por los actuales habitantes del planeta.

El capitalismo no le ganó la partida al comunismo. Luego de medio siglo de apuntarse mutuamente con sus arsenales nucleares, posibles gracias a los nuevos modelos físicos y matemáticos surgidos del relativismo, ambos sistemas llegaron a su fin y hoy la humanidad busca el camino hacia su nuevo estadio de desarrollo.

¿Cuál será el resultado de la revolución de las tecnologías de la información y las comunicaciones?

Predecir el futuro es una tarea para tahúres y no para académicos. De momento, vivimos el proceso de la globalización de la economía, aún sobre la base del modelo de libre mercado.

No obstante, a la economía, en este mundo donde las fronteras han dejado de tener sentido, pronto la seguirán otros campos del pensamiento, destinados a convertirse en patrimonio universal de una sociedad de la información.

La academia, en este delicado y complejo proceso, que día a día provoca transformaciones tan profundas que antaño hubiesen requerido décadas, tiene la enorme responsabilidad de dejar de oponerse a la ola imparable de la globalización, para empezar a descubrir sus virtudes, con el fin de utilizarla para difundir valores que trascienden lo puramente económico, como la justicia social y, principalmente, los derechos humanos.

Desde antes de los celulares, desde antes de Internet, desde antes del correo electrónico, desde antes de las redes inalámbricas de datos de alta velocidad y desde antes de los sistemas de televisión de cientos de canales temáticos, ya McLuhan se refería a la “Aldea Global”, que como sabemos es una realidad en este siglo XXI.

Obviamente, la resistencia al cambio se ha hecho más evidente. Por un lado, las grandes potencias capitalistas se esmeran por tratar de controlar esas materias primas que eran valiosas para el liberalismo y, para ello, incluso recurren a la opción militar, mientras que aquellos que añoran las sociedades dogmáticas, sustentadas en los absolutos religiosos o ideológicos, le han declarado la guerra al mundo, mediante el terror.

La inercia al cambio y el lastre histórico, seguramente impedirán, durante el ciclo de vida promedio, que las generaciones actuales conozcan la definitiva implantación del nuevo paradigma social, político y económico que hoy apenas se empieza a vislumbrar y que, probablemente, se sustentará en la universalización de los derechos humanos y el acceso a la información.

Como siempre, esta transformación corre el riesgo de un retroceso, como el que sufrió la Revolución Francesa con la reinstauración de

la monarquía en los albores del siglo XIX; pero, a mediano y largo plazo, es imparable.

Otro riesgo potencial, presente desde el mes de agosto de 1945, es el de que caiga la espada de Damocles, que pende sobre la cabeza del ser humano desde que liberó el poder del átomo. No obstante, si el mundo sobrevivió a la “Guerra Fría”, es muy posible que existan grandes probabilidades de que las sociedades perduren y no caigan en la tentación de auto aniquilarse.

Las reacciones contra el relativismo social e histórico, no sólo vienen de la mano de los terroristas o los neo imperialistas. Las instituciones que se sustentan en dogmas, saben que corren el riesgo de desaparecer ante el enorme peso de la racionalidad, que se difunde en libertad, por unos medios tecnológicos que no son susceptibles de censura o control.

Estos, también, son baches que la educación superior deberá enfrentar en estos días en los que el Planeta Tierra se hace cada vez más pequeño, gracias a la inmediatez de las comunicaciones, la interactividad de los sistemas y los avances de los transportes.

Para trascender el carácter netamente económico de la globalización, es imprescindible un cambio en los modelos educativos, que deberán superar los dogmas y

los prejuicios de la pedagogía del siglo XX, para desarrollarse sobre la base de que el conocimiento es el mayor valor agregado de este momento histórico y que, por lo tanto, el acceso a la información, de forma rápida y eficiente, es una condición "si ne qua non" para la transición hacia ese futuro dinámico que hoy es posible prever.

Se puede pensar que uno de los errores más graves, en el ámbito de las universidades, es la creación de especialistas cuya visión se limita a un campo específico. Pues al igual que los genios del Renacimiento, los que se destacarán en este mundo globalizado e informatizado, serán quienes tengan la versatilidad de ir de lo específico a lo general y viceversa, conservando una visión integral y multidisciplinaria de cada materia de las ciencias exactas o las ciencias sociales.

En el campo político el ciudadano de la sociedad de la información deberá ser una persona informada, sin prejuicios, que sea capaz de involucrarse en modelos democráticos más directos, donde la representatividad vaya dando paso a la participación ciudadana, mediante las herramientas tecnológicas que se vayan desarrollando.

Por otro lado la investigación, promovida por la academia de la mano con el sector privado, es un campo fundamental, porque será capaz de generar más riqueza,

la cual deberá ser distribuida de manera equitativa, mediante un modelo social de libre mercado, donde las variables macroeconómicas dejen de ser la prioridad, para que el ser humano ocupe su lugar en el centro del progreso.

Obviamente, con la desaparición de fronteras y el surgimiento de grupos de presión de ámbito global, unidos no por su origen, sino por sus ideas, la academia deberá participar en la reformulación de lo que deberá ser el Estado nación. Las escalas locales y regionales, están destinadas a ganar vigencia, frente a las administraciones públicas centrales, debido a las posibilidades reales de una mayor apertura democrática, que se traduzca en soluciones específicas para los problemas y expectativas de la ciudadanía en el medio comunal o local.

¿Dejará de tener sentido el modelo de Estado-Nación, heredado del Renacimiento?

En las últimas décadas la humanidad fue testigo del derrumbe y la secesión de varios estados, especialmente en el este de Europa, tras la caída del comunismo. Hoy en día, son países como Bolivia, Ecuador o Venezuela, en los cuales las reivindicaciones locales y regionales toman más fuerza.

Es imposible, a estas alturas, determinar el futuro de los actuales estados. Lo que sí es evidente,

es que la nueva sociedad de la información no transigirá ante un nuevo modelo de imperialismo, por lo que la alternativa multilateral en el escenario mundial, se perfila como la única factible.

Además, algunos macro proyectos, como la exploración y colonización del sistema solar o la investigación de fuentes alternativas e inagotables de energía, -algo que hoy se presenta como ciencia ficción, pero que en medio siglo podría ser posible-, deberán ser iniciativas de carácter planetario, que trasciendan la escala nacional. Estos ejemplos son mucho más que quimeras, en un mundo donde se agota el petróleo y en el que la población crece a un ritmo que será insostenible para la Tierra en pocas décadas.

Pero la utopía tecnológica no debe ser pretexto para que la academia, y la sociedad en general, abandonen sus ideales humanistas.

El avance de la ciencia no es un buen producto por sí mismo, sino que se torna en algo importante en el tanto beneficie a la humanidad. Jamás la educación debe perder esta perspectiva, ya que el ser humano no debe ser esclavo de las máquinas, sino que, por el contrario, éstas deben ayudarlo a liberarse de la esclavitud de los trabajos más pesados, lo que hará que cada vez más personas tengan más tiempo libre, que podrán invertir en formación y entreteni-

miento de altos estándares culturales. Para que esto sea una realidad, la educación superior debe asumir el liderazgo para incluir en las agendas políticas el tema de la cultura, el arte y la recreación.

La cultura, precisamente, es la que evitará el desarraigo de la gente, ante las transformaciones que provocará la revolución digital y los cambios económicos, sociales y políticos que le son consustanciales.

Ante la sociedad global, la única alternativa para conservar la identidad nacional y los valores que cada sociedad ha hecho suyos para posicionarse en el mundo, -y que en el caso de Costa Rica son el civismo, la paz, la equidad social y la democracia-, es la preservación viva y dinámica (no en las estanterías de museos y bibliotecas), del acervo cultural de cada pueblo.

Esto, no obstante, para nada implica cerrar las puertas a la diversidad que, asumida con inteligencia, crea un sincretismo que es positivo para la incorporación efectiva de los países al mundo globalizado. La defensa de lo diferente, de lo alternativo, de lo que no "encaja" en los estereotipos, es una de las características del relativismo social, que derriba los prejuicios sustentados en dogmas que impiden la libertad del espíritu humano.

En este punto, es pertinente hacer una diferencia entre la educación

superior de calidad, sea pública o privada, que responda a los intereses máximos de la nación y de la universalización de los derechos humanos, y la educación mercantilizada, que abandona el humanismo, en aras de promover el interés comercial de un modelo económico a punto de caducar, al menos en su formato actual.

Los grados y los posgrados, en ámbitos cada vez más específicos, en muchas ocasiones se venden, sin mayor control, a multitud de jóvenes que, debido a las exigencias de un mercado laboral extremadamente competitivo y probablemente mal orientado en el tipo de profesionales y técnicos que requiere un país como el nuestro, se ven obligados a realizar costosas inversiones en estudios que quizás no les deparen los beneficios tan esperados.

En muchos casos los títulos obtenidos por estos estudiantes, simplemente son útiles para cierto tipo de "maquila", que se mueve entre aquello que es conveniente para el país como lo es la inversión extranjera, y aquello que no lo es. Otras carreras, cuyo mercado laboral ya está saturado, existen sólo debido a la demanda, aunque los estudiantes, una vez finalizada su formación, pasen a engrosar las cifras de desempleo.

Estos profesionales, si la academia no hace un verdadero esfuerzo por mejorar la calidad de la formación

que imparte en todos los niveles, están destinados a perderse en la maraña tecnológica, social y cultural que viene de la mano con la revolución digital del siglo XXI.

Desafortunadamente, algunas instituciones de educación superior universitaria y parauniversitaria, en lugar de ofrecer alternativas a este proceso de deformación de la educación, han equivocado el camino tratando de competir con los mercantilistas de la educación, lo que genera muchas dudas sobre la viabilidad que tendrá Costa Rica dentro de una o dos generaciones, para vincularse eficientemente al mundo globalizado y dependiente de las tecnologías de la información y las comunicaciones, con una perspectiva humanista e integral. Desde hace 60 años, don José Figueres Ferrer planteaba que la educación y el progreso científico y tecnológico, junto a la integración económica, eran el camino hacia el desarrollo.

Adelantado a su tiempo, el padre del Estado social y democrático de Derecho costarricense, creía que a la integración económica de escala subregional, debería seguir la unión cultural, social y, finalmente, política.

De este modo, Centroamérica era y sigue siendo el primer objetivo en la vocación latinoamericanista de Costa Rica.

Actualmente, en América Latina es evidente que hay dos modelos de integración en franco conflicto. Uno se sustenta en la dependencia de la nación más rica de la Tierra y, el otro, en un modelo populista, donde se combinan peligrosamente dos modelos que son incompatibles: socialismo y nacionalismo. En períodos anteriores de la historia, esta mezcla explosiva se ha llamado Nacionalsocialismo, Fascismo o Falangismo, que no son otra cosa que figuras totalitarias, donde el individuo pierde libertad, en favor de una idea exacerbada del Estado nación, que se sustenta en dogmas generalmente falsos, ligados a condiciones étnicas, culturales y religiosas.

La globalización efectiva, desde una perspectiva pragmática, no puede llevarse a la práctica en América Latina de espaldas a Estados Unidos. Esto, de ningún modo, implica la sesión de la soberanía o la transformación del modelo social del Estado.

Por el contrario, la oportunidad debe utilizarse para aprovechar una de las ventajas competitivas más fuertes de Costa Rica a escala regional: su capital humano.

Además, deben propiciarse acuerdos de libre comercio con la Unión Europea y los países de Asia, ya que eso le daría una mayor independencia a la economía nacional, respecto de sus actuales socios comerciales en América.

El papel de Costa Rica en el proceso de integración latinoamericana, con base en su historia y su patrimonio político, debe ser el de conferirle un rostro humano a la transnacionalización de la economía, de modo que se universalicen los valores éticos que han sustentado el Estado social y democrático costarricense en las últimas décadas.

En este sentido, la academia tiene una enorme tarea por delante, ya que deberá desarrollar pautas para que las tecnologías de la información y las comunicaciones sean útiles en la construcción de un continente más justo, con una mejor repartición de las riquezas, que comprenda la importancia de invertir en educación e investigación de alto nivel, con regímenes democráticos estables y con un marco de paz, donde se superen las rencillas internas que impiden el anhelo de una América Latina unida.

Por otra parte, el país debe hacer un enorme esfuerzo, por convencer a las naciones del primer mundo, en el sentido de que la inversión en educación y en salud, pueden ser mucho más productivas que las acciones bélicas, en beneficio de la estabilidad mundial y la lucha contra el terrorismo.

La lógica cartesiana del pasado ya no sirve para enfrentar los retos de la sociedad global, por lo que es necesario construir una nueva utopía política, que inspire el tránsito

hacia el desarrollo económico y social, ambientalmente sostenible, de las naciones más pobres.

La participación de la academia, no sólo en el ámbito práctico, sino también en el filosófico, es fundamental para sentar las bases de que esa nueva utopía social sea el norte para los países que entran en la dinámica de la globalización y que no quieren limitarse exclusivamente a la apertura de mercados. La prioridad más importante, por ahora, es que las universidades se concentren en estrechar la brecha digital, que aún divide a los estados desarrollados de los que forman parte de lo que, hasta ahora, se ha denominado, utilizando los ejes cartesianos del pensamiento positivista, como Tercer Mundo. La esperanza de este gobierno es que Costa Rica pueda considerarse una nación desarrollada en el año 2021, cuando se cumplan dos siglos de su independencia. Es evidente que el camino por transitar es muy extenso; sin embargo, con determinación y el enfoque de esfuerzos en las áreas indicadas, es posible soñar con alcanzar tan alta meta.

Costa Rica, hace 60 años, se adelantó a toda América Latina, cuando disolvió sus fuerzas armadas y cerró el capítulo del Estado liberal, para crear un modelo social democrata, que permitió al país gozar

de índices de desarrollo humano similares a los del Primer Mundo. En aquel momento, figuras de la academia como Rodrigo Facio, fueron fundamentales.

Del mismo modo, ahora que debemos construir un modelo social de Estado que sea coherente con la globalización y la universalización de las tecnologías de la información y las comunicaciones, una vez más la enseñanza superior está llamada a ejercer su función como "conciencia lúcida de la patria".

No puede ser que en nuestras universidades sigamos incubando el modelo caduco del positivismo científico que dio origen al capitalismo y al marxismo. Es hora de cambiar de paradigma y de ver más allá de las coyunturas específicas, para crear una idea de país que sea viable, no sólo en el corto, sino también en el largo plazo.

Bibliografía

- Giddens, A. (2000). *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid. Editorial Grupo Santillana de Ediciones S.A.
- Guevara, P. y López, L. (2005). *Apuntes sobre innovación tecnológica*. México. Editorial Pearson Education.
- Stiglitz, J. (2002). *El malestar en la globalización*. Buenos Aires. Editorial Aguilar, Altea, Alfaguara, S.A.